



CUÉLEBRE

Carlos Ruiz Ramos

CUÉLEBRE



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Ruiz Ramos

ISBN: 978-84-18366-38-3

ISBN digital: 978-84-18366-39-0

Depósito legal: M-16461-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres,
Teresa y Juan Carlos*

ÍNDICE

CAPÍTULO 1.....	11
CAPÍTULO 2.....	23
CAPÍTULO 3.....	33
CAPÍTULO 4.....	43
CAPÍTULO 5.....	53
CAPÍTULO 6.....	63
CAPÍTULO 7.....	73
CAPÍTULO 8.....	83
CAPÍTULO 9.....	93
CAPÍTULO 10.....	103
CAPÍTULO 11.....	115
CAPÍTULO 12.....	125
CAPÍTULO 13.....	135
CAPÍTULO 14.....	145
CAPÍTULO 15.....	155
CAPÍTULO 16.....	165
CAPÍTULO 17.....	177
CAPÍTULO 18.....	189
CAPÍTULO 19.....	201
CAPÍTULO 20.....	211
CAPÍTULO 21.....	221
CAPÍTULO 22.....	233
CAPÍTULO 23.....	243
CAPÍTULO 24.....	251
CAPÍTULO 25.....	261

CAPÍTULO 26.....	271
CAPÍTULO 27.....	281
CAPÍTULO 28.....	291
CAPÍTULO 29.....	301

CAPÍTULO 1

A medida que se acercaba a la verja que rodeaba la finca de la colina Bieita, el Doctor Páez se preguntaba cada vez más si no se habría equivocado al aceptar aquel empleo. Al llegar tuvo que bajarse del coche para abrir la puerta de la verja y poder continuar en dirección hacia la casa. Su primera idea había sido dejarlo aparcado fuera, pero por dentro de la finca el camino seguía asfaltado, y no alcanzaba a ver la casa ni ningún otro edificio desde donde estaba, por lo que decidió continuar con el coche todo lo que pudiera.

La carretera serpenteaba abriéndose camino entre los arbustos cuidadosamente podados y los árboles frutales. Ya sabía que los Osorio eran una de las familias más adineradas de los alrededores de Coaña, y probablemente de las más ricas de toda Asturias, pero aun así le sorprendieron las dimensiones de la finca, así como las de la casa cuando por fin alcanzó a verla. Enfrente de la puerta principal había una pequeña rotonda con una fuente en el centro. Decidió aparcar el coche ahí y tomarse unos segundos para tranquilizarse antes de bajar. Los segundos se convirtieron en minutos cuando alzó la vista y contempló la fachada entera. Unas escaleras llevaban a los soportales de piedra adornados con arcos, que sostenían un pequeño balcón, también de piedra. Suelos en mármol, columnas y ventanales remataban la imagen, añadiendo enredaderas y adornos con motivos religiosos, y una inmensa puerta de madera maciza de color negro.

Por un momento el Doctor Páez sintió incluso ganas de santi-
guarse, pero, en vez de eso, respiró una vez más, se colocó la gabar-

dina y el bombín, y salió decidido del coche rumbo a las escaleras. El día era gris y hacía bastante frío, pero no daba la impresión de que fuera a llover. Aun así, siempre llevaba un pequeño paraguas en su maletín, pues había aprendido que en Asturias nunca se puede estar seguro de cuándo se va a necesitar.

Subió las escaleras y se acercó a la puerta. Buscó un timbre o algo parecido, pero al no encontrarlo decidió golpear la madera. Tres toques suaves de nudillos y la puerta se abrió rápidamente. Al verla abierta el doctor Páez comprendió cuánto debía pesar; era mucho más gruesa de lo que se esperaba.

Al otro lado de la puerta, frente a él, un hombre de unos treinta y cinco años, con traje de mayordomo y una carpeta bajo el brazo lo miraba, sujetando aún la puerta. Parecía demasiado joven para ser el criado de la casa, pero su atuendo indicaba que se trataba de él.

—El doctor Páez, supongo —dijo con un tono de voz cálido y agradable.

—Miguel —respondió al tiempo que le tendía la mano.

—Adelante —dijo el mayordomo mientras se echaba a un lado y extendía el brazo, invitando a Miguel a entrar—. Los señores Osorio le están esperando, pero antes debo hacerle unas preguntas.

Miguel entró en la casa y el mayordomo, realizando un nuevo esfuerzo, cerró la puerta tras él. La entrada daba a una sala no demasiado grande, también con las paredes de piedra, pero cubiertas con coloridos y antiguos tapices. Del techo colgaba una enorme lámpara de araña con cristales dorados, y los pocos muebles que había eran de madera tallada cuidadosamente, aparentemente a mano. La sala tenía cuatro salidas, además de la puerta principal, una de frente, dos a la derecha, y una puerta de hierro cerrada con dos candados a la izquierda. Miguel siguió al mayordomo, sin cruzar una sola palabra, por una de las puertas de la derecha. Pasaron por un corto vestíbulo que daba a los soportales, torcieron a la izquierda cruzando otra pequeña puerta, dejando atrás los arcos de piedra, para pasar a una zona de ventanales que daban al bosque lateral de la casa, y finalmente llegaron a un pequeño salón. En aquel

momento Miguel ya se encontraba totalmente perdido dentro de la mansión, sintiéndose incapaz de desandar el camino andado de la misma manera si fuera necesario.

En esta zona de la casa todo el suelo era de madera, y las paredes estaban forradas en yeso y pintadas en tonos ocres. Se notaba además que esta sala no era tan fría como el resto de la casa, porque contaba con una de las, al menos, cinco chimeneas que Miguel Páez había podido contar mientras intentaba recobrar el aliento en el coche. Dos sillones tapizados en tela roja mirando hacia ella y una mesilla de madera oscura con una pequeña lámpara era todo lo que tenía aquella habitación, además de una alfombra de piel y varios cuadros en las paredes que completaban el encanto del salón.

—Tome asiento, por favor —le dijo el mayordomo al Doctor Páez, señalando uno de los sillones—. Mi nombre es César, y soy el mayordomo de la casa. Antes de que le atiendan el señor y la señora Osorio, debo hacerle unas preguntas. No se preocupe, son meras comprobaciones rutinarias.

—Por supuesto —respondió Miguel—. Adelante.

Las preguntas iban dirigidas a los aspectos más personales de la vida del Doctor, pero fueron pocas y cortas. Tuvo que explicar que se había licenciado en medicina en la Universidad de Santiago con veintitrés años y que, tras tres años ejerciendo en su pueblo natal, cercano a Coaña, se mudó a Valladolid, donde continuó trabajando los siguientes quince años. También explicó que el motivo de su vuelta a Asturias, y a su pueblo natal, era simplemente la nostalgia, pero consideraba que su experiencia en Valladolid había sido productiva en todos los aspectos. César, el mayordomo, se interesaba especialmente por su vida y su modo de trabajo en Valladolid, más que por su etapa de juventud allí en Asturias o que por sus estudios. Miguel nunca había disfrutado hablando de su vida privada, pero la falta de interés del mayordomo en su vida anterior a Valladolid consiguió calmarlo lo suficiente para poder dar una buena primera impresión.

—Y, después de tanto tiempo ejerciendo la medicina, ¿por qué ha decidido usted cambiar de especialidad? —Preguntó César sin dejar de escribir en su libreta.

—Siempre me llamó este campo, señor —respondió Miguel educadamente—. No es la primera vez que me dedico a ello.

—Bien. Mi parte ha acabado doctor —dijo César mientras se levantaba del sillón—. Puede relajarse, pero no demasiado; esto era lo fácil.

—Gracias, señor —respondió Miguel levantándose también y tendiéndole la mano.

—Llámeme César, yo soy solo un mayordomo —con estas últimas palabras y un apretón de manos ambos se sonrieron, dejando atrás el poco ambiente de tensión que se había formado.

Salieron del salón rojo por una puerta diferente a la que habían entrado, la que los llevó a un nuevo pasillo, aunque este no tenía nada que ver con el anterior: la moqueta era dorada con adornos granate y azules, y en las paredes no había tapices. En su lugar, y a ambos lados, había cuadros de grandes dimensiones. En los marcos, también dorados, se podían leer los nombres de las personas retratadas. Se trataba, por lo que entendió Miguel, de una especie de árbol genealógico de los señores de la casa. Iria y Roi, 1944, Iago y Erea, 1997, etc. Hubo uno que le llamó especialmente la atención, no solo por ser uno de los pocos en los que no se retrataba a una pareja, sino a una sola persona. La retratada se llamaba Navia Osorio Curbelo. Era una chica joven y muy bella, al contrario que el resto, que habían sido retratados ya en una avanzada edad. Era, por lo que pudo deducir Miguel, una joven en torno a los veinticinco años, muy delgada y con la piel clara. A diferencia del resto de las mujeres de los cuadros, que iban vestidas con lo que parecía ser un traje regional heredado en la familia, ella iba vestida con un vestido sencillo, de colores claros. Tenía el cabello de color negro azabache, al igual que los ojos, lo que, junto con su delgadez, le daba casi el aspecto de un cadáver. Pero aun así, al menos para Miguel, se trataba de la mujer más bella de todas las que representaban aquellos cuadros.

Llegaron a una puerta que había al final del pasillo de los cuadros, y César, el mayordomo, se detuvo frente a ella. Le deseó suerte una última vez al Doctor Páez y, tras llamar, metió una de las tantas llaves que llevaba enganchadas en el pantalón, todas ellas en el mismo llavero, y abrió paso a Miguel.

—Gracias César —dijo una voz desde el interior de la habitación. Este entró en la habitación y salió de ella sin la carpeta con los detalles que había apuntado sobre Miguel. A los pocos segundos, la misma voz volvió a pronunciarse—. Puedes retirarte. Pase, Doctor. Adelante. Siéntese.

El hombre que se dirigía a él tenía unos cincuenta años, y permanecía sentado tras un enorme escritorio de madera. Tenía el pelo cano y engominado, y unas manos enormes cubiertas de vello. No podría asegurarlo, porque en ningún momento se levantó de la gigantesca silla de piel que se intuía por detrás de su ancha espalda, pero Miguel tuvo la impresión de que se trataba de un hombre muy alto. Lo que sí podía asegurar era que no pasaba hambre: la chaqueta americana que tenía por encima de la camisa no le abrochaba estando sentado. Tras él, de pie, se encontraba la que probablemente fuera la señora de la casa. Era bastante más joven que el señor de la silla, probablemente de la edad del doctor.

Miguel Páez permaneció sentado y en absoluto silencio, mientras el señor Osorio leía la hoja que César le había entregado. La señora de la casa se mantenía quieta y callada, mirando de vez en cuando al doctor y dedicándole una sonrisa forzada. Mientras esperaba, Miguel se dedicó a observar la habitación. Era una sala hexagonal, algo que había obviado al entrar, ya que toda su atención se había dirigido tanto a las dos personas que le iban a entrevistar, como al inmenso escritorio que estaba en el centro de la sala. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas de tela escarlata bordadas a mano, y de la pared de detrás del escritorio colgaba el retrato de los actuales señores Osorio, una bandera nacional y una asturiana.

—Bien —dijo el señor Osorio interrumpiendo su examen de la habitación—. Por lo que ha apuntado César se ajusta usted

perfectamente a lo que estamos buscando, aunque eso ya lo sabíamos.

—Gracias señor —contestó Miguel, sonriente.

—Lo cierto es que hemos recibido buenas recomendaciones de usted, por parte de la gente de los alrededores —continuó el señor Osorio hablando por encima de Miguel—. Nadie decía gran cosa, «tienes que conocerlo en persona» decían.

—Me alegro de oír eso, señor. ¿Le importa que le pregunte quién me ha recomendado?

—Lo cierto es que no recuerdo su nombre... —el señor Osorio hizo una breve pausa, mientras repasaba los papeles de su mesa y cambió rotundamente de tema—. Miguel, ¿es usted consciente en lo que consistirá su trabajo?

—Sí señor —contestó Miguel. Sus manos sudaban ahora todo lo que no habían sudado en la entrevista con el mayordomo—. Ustedes buscan un profesor particular para su hija.

—No es solo un profesor lo que queremos, doctor —respondió la señora Osorio. El señor puso una mueca de enfado al oír intervenir a su mujer y bebió un trago de una copa de whiskey que tenía en la mesa—. Buscamos, más que un profesor, un educador, alguien que además de las materias escolares, le enseñe cultura y le inculque los valores éticos necesarios. Sabemos que esta tarea recae normalmente sobre los padres, pero ni mi marido ni yo hemos tenido el tiempo suficiente, y la niña se nos ha ido de las manos. Verá doctor, nuestra Violeta es una chica algo especial.

—Gracias Helena, es suficiente —interrumpió su marido con tono grave.

No había que ser demasiado listo para percibir la tensión y la hostilidad del señor Osorio hacia su mujer, ni había que estar muy atento para reparar en los moratones que ella intentaba disimular bajo el cuello de la camisa y el collar de plata.

—Intentaré hacerlo lo mejor que pueda señora —intervino Miguel intentando agraciarse a la mujer—. Lo cierto es que tengo experiencia como educador.

—Eso habíamos oído —respondió el señor Osorio—. Quien nos recomendó su nombre dijo que habías sido educador, pero como no figura en su currículum.

—Sí, señor —interrumpió Miguel. Al darse cuenta guardó silencio, pero el señor Osorio le invitó a continuar—. Debo haber olvidado ponerlo. En los doce años que pasé en Valladolid, los dos últimos ya no fueron ejerciendo la medicina. Los pasé dedicándome a tiempo completo a ser el maestro de unos mellizos encantadores.

—Y, ¿por qué dejó ese trabajo?

—Cumplieron la mayoría de edad, señor, así que decidí volver a mi pueblo y buscar aquí un trabajo similar —el Doctor Miguel Sáez siempre había mentido con facilidad.

—¿De dónde es usted? —preguntó la señora Osorio, incomodando de nuevo a su marido.

—De Nadóu, señora.

Las preguntas del señor Osorio continuaron durante unos minutos, interesándose ahora en el trabajo que había realizado con aquellos mellizos de Valladolid. Cuando por fin se dio por satisfecho, el señor Osorio le pidió a Miguel que abandonara la estancia para poder hablar a solas con su mujer.

En la puerta estaba esperándole César, quien se interesó inmediatamente por saber cómo había transcurrido la entrevista. Lo cierto es que parecía un hombre bastante agradable, aunque había algo que seguía sin convencer a Miguel de su puesto, probablemente debido a su juventud. Interesado en esto, el doctor se apañó para que la conversación con César dejara de centrarse en la entrevista, y acabó por enterarse de que antes que él, su padre había servido como mayordomo, tanto a los actuales, como a los anteriores señores Osorio, por lo que se trataba de un trabajo heredado. Tal y como Miguel había imaginado, tenía treinta y cinco años, y llevaba diez, desde la muerte de su padre, trabajando en la casa.

Fueron cinco minutos los que estuvo hablando con César, y esos cinco minutos le bastaron para saber que, si empezaba a tra-

bajar allí finalmente, todo podría resultarle más fácil de lo esperado. Si conseguía contar con el apoyo de alguien que llevaba tanto tiempo trabajando en la casa, y que había visto nacer a la que sería su alumna, podría sacar mucho provecho.

Cuando Miguel se interesó por Violeta, la hija de los señores Osorio, César solo tuvo buenas palabras. Era, por lo que él dijo, una joven de dieciséis años muy madura para su edad, y con una mente brillante que simplemente estaba atravesando una crisis rebelde en su adolescencia, nada fuera de lo común en su opinión. César había hablado siempre en un tono muy cariñoso para referirse a cualquiera de los señores de la casa, pero al hablar de la joven los ojos se le iluminaban de una manera especial.

—¡César! —lo llamó la voz del señor Osorio desde el otro lado de la puerta—. Haga pasar al doctor.

—Adelante —dijo este inclinándose y sonriéndole mientras abría la puerta.

Miguel entró y se sentó de nuevo frente al escritorio. Esta vez, tanto el señor, como la señora Osorio estaban de pie tras el escritorio.

—Tras hablarlo mi mujer y yo hemos acordado que es usted lo que estábamos buscando —dijo el enorme señor Osorio con una tonta sonrisa en la cara—. Aun así, nos gustaría que pasara una semana con nosotros, aquí en la villa, a modo de periodo de prueba. Para que pueda adaptarse a nosotros y conocer la casa.

—Por su puesto señor, será un placer —dijo levantándose del asiento y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza—. ¿Cuándo empezaría?

—Nos gustaría tenerle aquí desde el lunes, a las nueve en punto. Tiene usted todo el fin de semana para preparar lo que necesite para seis días. Si pasa el periodo de prueba, será contratado, y no será necesario que viva usted aquí todos los días.

Miguel hizo ademán de hablar, pero el señor Osorio se le adelantó de nuevo.

—Ya acordaremos las condiciones de su contrato una vez terminado el periodo de prueba. Gracias, puede retirarse.

Sin decir una palabra más ni dejar que nadie interviniera, el señor Osorio tendió la mano, y tras estrechársela el doctor, se sentó de nuevo tras el escritorio y remató su copa de whiskey. La señora Osorio apenas levantó la mirada del suelo, aunque el doctor pudo apreciar que estaba sonriendo.

Miguel se acercó a la puerta y el mayordomo le abrió paso antes de que él llegara. Se despidió de los señores de la casa amablemente y siguió a César rumbo a la salida, de nuevo por el pasillo de los retratos. Antes de abandonar la casa César le propuso enseñarle el resto de las habitaciones, con la intención de que en su primer día pudiera empezar ya directamente a trabajar con la hija de los señores Osorio.

Volvieron a pasar por el pasillo de los retratos y por el salón en el que César le había entrevistado, hasta llegar al recibidor principal. Allí, en vez de por una de las puertas de la derecha, como en la ocasión anterior, cruzaron la que estaba frente a la de la entrada de la calle. Esa puerta daba a otro salón con varias salidas y una segunda altura, a la que se accedía por unas escaleras que estaban de frente. Las subieron y llegaron a la zona en la que se desarrollaba la vida cotidiana de la familia. César le mostró el gran salón comedor que se utilizaba para las cenas importantes, y el más pequeño para las cenas en familia. Visitaron también la cocina, en la que se encontraban todos los empleados del servicio doméstico, poniéndolo todo a punto para la cena.

Por último, y tras subir a la tercera altura de la casa, llegaron a la zona de las habitaciones. Como era de esperar, el mayordomo no se acercó a la habitación donde dormían ni los señores Osorio, ni su hija, pero sí que se aseguró de indicar el camino a Miguel. En la otra punta de aquella planta se encontraba la habitación de César, bastante grande para ser la de un mayordomo, un pequeño estudio, aunque con cama y baño propio, donde los señores Osorio tenían pensado que Miguel impartiera sus lecciones a la niña, y, junto a este estudio, la habitación en la que él dormiría durante su periodo de prueba y los días que, por motivos de trabajo, decidiera quedarse a dormir en Villa Bicita.

Mientras recorrían el camino de vuelta a la salida, César continuó explicándole a Miguel algunos aspectos y reglas sobre la casa. Habló de los horarios de las comidas, a respetar tajantemente, pues el señor Osorio era muy estricto en ese aspecto, y la importancia del culto religioso. De este último aspecto el doctor ya se había percatado por el número de crucifijos y adornos religiosos por toda la casa. Aunque no compartía estas creencias, sabía que estos eran los valores a los que se refería la señora Osorio cuando le hablaba de la educación a su hija, y sabía que, en mayor o menor medida, tendría que cumplirlos.

Por último, salieron al exterior de la casa y recorrieron los alrededores de la villa. Tras la casa y a ambos lados se extendía un denso bosque de arces, y, por el camino por el que había accedido Miguel, arbustos ornamentales cuidadosamente podados.

César le explicó que esta era una de las fincas más grandes de Coaña, y que había pertenecido siempre a la familia Osorio. Llevaba en pie desde 1819, y había sido reformada tres veces. La verdad es que, teniendo en cuenta el tamaño de la villa, a Miguel le resultaba que la casa era pequeña, aunque si lo pensaba dos veces, aquella casa era al menos tres veces más grande que cualquier casa en la que él hubiera estado antes.

Cuando terminaron de recorrer la casa por el exterior, César se despidió del doctor amablemente hasta el lunes, y lo dejó al lado de su coche. Entró sin ni siquiera quitarse la gabardina, y se sentó en el asiento del conductor. Se quedó parado, sin hacer nada más que pensar en todas las cosas de las que le había hablado el joven mayordomo y que debía recordar, así como todos los detalles de la casa que le podrían ser útiles. No dedicó ningún esfuerzo a intentar recordar los caminos de llegada a las distintas habitaciones, pues sabía que aprenderse aquello le llevaría mucho tiempo.

Cuando puso rumbo a su pueblo el Doctor Miguel Páez reparó en que algo, quizás lo que más deseaba, no había sucedido: no había conocido a su futura alumna. Sabía que tendría tiempo de sobra para conocerla en la semana de prueba que iba a pasar viviendo en

la Villa Bieita, pero le habría gustado tener una primera impresión de la joven. Por lo que César le había dicho, se trataba de una niña muy educada e inteligente, que simplemente estaba pasando por una crisis de adolescente, pero la opinión de los padres había sido muy distinta. A ellos, o al menos así lo había entendido Miguel, lo que les preocupaba de su hija eran las compañías que pudiera estar teniendo, o las actividades que estuviera realizando a sus espaldas. Veían a su hija dispersa y demasiado atrevida en algunos aspectos. La verdad era que al doctor Páez no se le ocurría cómo afrontar aquella situación, pero estaba completamente seguro de que encontraría el modo en cuanto pudiera conocer a la joven Violeta.

